

y alegría a la vez. ¿Cómo recuerda ahora ese momento? En contraste con este momento de mareas bajas, esas eran mareas más duras...

—Fue una larga época la que hubo desde la muerte de mis padres. Después vino el nacimiento de mi hijo con sus graves problemas de salud. Un tiempo muy exigente. Necesité todos los apoyos, todas las muletas, entre ellos los que siempre he necesitado más: la creación y la palabra. Porque realmente en esa época me parecía imposible haber salido del duelo de mi padre para encontrarme con la enfermedad de mi hijo y volver a empezar otra vez con el ciclo de los hospitales, de los cuidados. Casi una década cuidando primero a mi padre y después a mi hijo. Fueron momentos muy difíciles porque ambos me necesitaron, cada uno en su tiempo, y yo tenía miedo porque el cuidador tiene que mantenerse sano y fuerte para acompañar y mantener el rumbo de modo que no te arrastren las mareas... Todavía no hemos verbalizado todo lo que nos ha sucedido durante la pandemia. Hay muchas despedidas y duelos pendientes que no hemos elaborado por la prisa que teníamos de regresar a la vida cotidiana. La literatura ayuda a encauzar esas conversaciones, que quizá son difíciles, sobre nuestro propio dolor. Las metáforas, las historias de los personajes y de los relatos, hacen más fácil abordar ese dolor del pasado. Por eso creo que este libro, igual que *El infinito en un junco*, puede ayudar.

—Después de tanta escritura, de relacionarse tanto con la escritura, ¿qué significa para usted el hecho mismo de escribir?

—Yo siempre había pensado que la escritura era una forma de liberarme y de combatir el silencio. Pero, después de estos años de viajar por el mundo y de encontrarme con lectores y con editores, me he dado cuenta de que esta es una actividad profundamente colectiva, que a través de los libros creamos comunidades. Quizá no era consciente de ello porque no había tenido, hasta *El infinito en un junco*, todo ese contacto con los grupos, las familias, las tribus, con el clan lector. Ahora sé hasta qué punto construimos a través de la literatura. Y en Latinoamérica me ha impresionado mucho cómo los libros y la lectura se utilizan como herramientas de reconstrucción para curar las cicatrices de sociedades que sufren la violencia. Tengo la esperanza de que esta polarización, esta atmósfera de enfrentamiento y agresividad verbal que se está extendiendo por el mundo, de alguna manera se suavice a través de relatos, ficciones, literatura.

—¿No será que gran parte de su

“Me he dado cuenta de que escribir es una actividad profundamente colectiva, que a través de los libros creamos comunidades”

éxito es que la gente no solo le lee sino que sobre todo lee con usted?

—Me gustaría pensar que es así. Cuando escribo, trabajo para que haya una dimensión oral en el registro escrito, de forma que quien lea, o eso me gustaría pensar, se sienta acompañado. Que hay una presencia a su lado que habla, que le dirige la voz suavemente, con una cercanía de tú a tú. Por eso trabajo tanto sobre la oralidad y leo lo escrito en voz alta, para asegurarme de que lo que les doy a leer tiene cierta musicalidad. Y, sí, ojalá se sintieran acompañados por quienes en nuestras sociedades tenemos un grave problema de soledad. Y, no, esa soledad no existe del todo porque ahí están estos amigos, estos compañeros leales de las estanterías, que nos ofrecen una voz que nos habla para romper la soledad...

—De hecho, usted hace a mucha gente feliz...

—Ojalá, ojalá sea así...

—En este último libro, en el que hay peligro y muerte, avisa de que habrá compensación más adelante. El dibujo y usted van animando a sentir que habrá serenidad en medio de la tormenta.

—Gracias por esa síntesis... Yo he querido jugar con todas esas metáforas porque creo que la sensación de ahogarse es la que hemos sentido durante la pandemia. Los relatos han tenido que ver, de una manera o de otra, con aquel «y comieron perdices» de los cuentos. A mí me gusta jugar con las expectativas, desafiarlas. De modo que, como en este cuento, el gran drama, el gran episodio, no sea el núcleo de la historia. Y se cambia el compás de lo que ha sucedido para construir otro relato que después se representa con su parte onírica. Esa visita al mundo de los sueños permite el reencuentro con la vida anterior que se incorpora a la que sigue. Me gusta pensar además que las ilustraciones de Lina tienen un mensaje muy poderoso que hay que respetar dándole mucho espacio para que también despliegue su propia elocuencia, llena de estas atmósferas azules.

—Al inicio del libro, cuando aún no hay peligro cierto, aparece una frase en la que los protagonistas se sienten mutuamente raros, como “cazadores de nubes”, y las nubes son el inicio de la tormenta que agita enseguida el miedo...

—Los símbolos están todos muy cuidadosamente seleccionados. La nube es la premonición de la tormenta, y además las nubes son pura metamorfosis. Formas que están cambiando. Cuando somos niños

miramos las nubes y vemos imágenes y figuras en ellas que además van desapareciendo. Por supuesto, en el libro la chica extraña soy yo, que es así como era en el colegio. En la literatura me reconcilio con esa rareza mía y escribo también para las chicas y los chicos raros de hoy por ver si se sienten un poquito más acompañados, o quizá sepan ya que al final los raros somos muchísimos. Lo más anómalo es la normalidad. Hay muy poca gente normal, somos casi todos raros de alguna manera.

—Usted es una rara de la literatura española.

—Es cierto que la pasión por los clásicos quizá me ha dado unos referentes distintos a los que tienen en común otros escritores de mi generación. Pero al final quien escribe siempre tiene una mirada peculiar, original y singular sobre el mundo. Somos una hermandad de raros.

—Ahora Debate lleva al dibujo su éxito mundial, *El infinito en un junco*, interpretado por el ilustrador Tyto Alba. ¿A qué la ha obligado esta nueva dimensión de su trabajo?

—Quise darle a Tyto muchísima libertad creativa, porque al ser una adaptación es también una lectura suya, su propia mirada sobre el libro. De todos modos, acabaron surgiendo preguntas suyas, sobre imágenes del texto, y reconstrucciones que pedía que hiciéramos juntos. Me pidió grabados de frescos de la época de Alejandría, por ejemplo, porque él quería sentirse seguro de representarlo bien. Pero llegamos a la parte más personal y me pidió fotos familiares, de mi edad en el tiempo en que me contaban cuentos, así como una foto del patio de mi colegio... Esa parte terminó siendo un álbum de familia en la que estamos todos los de casa. Tiene este libro el aire de un volumen en el que los dos compartimos atmósferas, una literaria y otra dibujada. Todo eso ha sido emocionante: ver cómo construía con su lápiz lo que había estado en mi mente al escribir. Ha hecho cosas audaces: pasar del blanco y negro al color, acuarelas a página completa, experimentos de representación... Y me hacen gracia todos esos retratos que, en el epílogo, representan a los autores con los que dialogo.

—Hace tiempo le pregunté por la primera palabra que recordaba haber dicho. Dijo que era mambo. ¿Ahora cuál sería su palabra?

—Escuchar. Escuchar para encontrarse. Escuchar a la gente, aunque sea en momentos fugaces. Escuchar, escuchar, escuchar.

Mejor que en las películas

Lynn Painter
Puck, 352 páginas

Liz Buxbaum siempre ha sabido que Wes Bennett, su vecino, no tiene madre de novio. Podría parecer que es el candidato perfecto para sus fantasías románticas, pero Wes solo ha demostrado ser un auténtico incordio desde que eran niños. Wes fue quien puso una rana en su casa de muñecas y el monstruito que escondió la cabeza decapitada de un gnomo de jardín en su pequeño intercambio de libros vecinal. Diez años después, Liz está en su último año de instituto. Es un momento que debería estar plagado de metas e hitos dignos de la gran pantalla, y necesita la ayuda de Wes.



Marigold y Rose

Louise Glück
Visor Poesía, 88 páginas

Louise Glück (Nueva York, 1943), Premio Nobel de Literatura 2020, nos presenta en *Marigold y Rose* (2022) lo que la poeta Fiona Sampson ha calificado como “un retrato de la artista en dos mellizas”. Desde una perspectiva singular, en una serie de poemas en prosa (o de prosa poética), la autora explora el mundo interior de dos hermanas con personalidades muy distintas durante el primer año de sus vidas. Si *Marigold* es frágil, callada e introvertida, *Rose* es protectora, bulliciosa y sociable. Cada una a su manera, ambas reaccionan al misterio del tiempo y el lenguaje, a las rutinas diarias, al comportamiento de los adultos...



Batuala

René Maran
Siruela, 237 páginas

En 1921 nadie se atrevía a dudar de la validez del colonialismo como medio de paz y civilización. Sin embargo, una voz se alzó. La de René Maran, escritor antillano —por entonces funcionario del Ministerio de Colonias— que denunció los abusos de la Administración en el África Ecuatorial francesa y las fechorías del imperialismo en una novela decisiva: *Batuala*. Sus palabras desencadenaron un auténtico escándalo que culminó con la concesión del Premio Goncourt. Cien años después, su texto mantiene una total actualidad, tanto por los tenaces prejuicios que sigue cuestionando como por los derechos que reivindica. S.R.



LOS MÁS VENDIDOS

FICCIÓN

1. **El infierno.** Carmen Mola (Planeta).
2. **La armadura de la luz.** Ken Follet (Plaza&Janés).
3. **El problema final.** Arturo Pérez Reverte (Alfaguara).
4. **Éxtasis.** Tracy Wolff (Planeta).
5. **Los inocentes.** María Oruña (Destino).

NO FICCIÓN

1. **Hábitos atómicos.** James Clear (Planeta).
2. **Como hacer que te pasen...** Marian Rojas (Espasa).
3. **Vive más.** M. Vázquez (Grijalbo).
4. **El sutil arte...** Mark Manson (HarperCollins).
5. **La rosa y las espinas.** Alfonso Guerra (Esfera).

EN GALEGO

1. **Ninguén contará a verdade.** Pedro Feijoo (Xerais).
2. **Síbaris.** Domingo Villar (Galaxia).
3. **O Paso do Noroeste.** Xavier Queipo (Galaxia).
4. **Pequena historia de Vigo.** P. Feijoo (Embora).
5. **A pintura debida.** Fabio Rivas Pardo (Xerais).